La parte que se tuesta

El bizcochuelo llevaba cuarenta minutos en el horno cuando Irene se dio cuenta de que no tenía a quién avisarle que ya estaba. Desde que su hijo se había mudado, seguía cocinando con las mismas cantidades. Había aprendido a congelar porciones, pero todavía abría la puerta de la cocina para llamarlo.

Esa tarde lo sacó un poco tarde. Un borde había quedado casi negro. Estuvo por cortarlo y tirarlo cuando se acordó de que, de chico, él se comía esa parte primero.

Le mandó una foto. El hijo le mandó otra. En su mesa había un bizcochuelo un poco hundido, con un borde igual de oscuro.

«No sabía cuándo sacarlo», escribió.

Irene acercó su plato a la ventana. Masticó un pedazo del borde antes de responderle.